

Cicatrices invisibles

Dicen que el tiempo cura todas las heridas. No tengo idea de quién inventó ese refrán, pero le preguntaría por qué en mi caso sólo las reaviva. Pasan los años y la mochila repleta de recuerdos pareciera hacerse más pesada aún. Incluso supera el peso de la valija que llevé cuando me exilié a España, aquel agosto de 1977. No me quedó otra alternativa que marcharme; ya que comenzaron por llevarse a mi padre y yo sería inminentemente la siguiente.

El gobierno de facto del teniente general Jorge Rafael Videla causó estragos en la Argentina, y yo lo viví en el propio seno de mi familia. Mi papá era dirigente sindical en la fábrica de vidrio donde había trabajado toda su vida; yo por mi parte era cantautora. A través de las canciones me proponía hablar de mis sentimientos, y debido a ello abordé temas como el amor, la melancolía, la confusión en las encrucijadas de la vida y, como era de esperarse, de la libertad. Una vez instaurada la dictadura continué con mis letras, aunque intenté camuflar bajo metáforas mis mensajes de justicia y libertad de expresión. Lamentablemente, los represores de turno no tardarían en reparar en mis obras musicales. No era muy conocida a nivel nacional, pero en Buenos Aires –provincia donde vivía–, el nombre Corina Velásquez era muy familiar. Había lanzado mi primer disco a principios de 1975, y me había impuesto como meta sacar otro a mediados de 1977. Por supuesto que esto implicaría correr sus riesgos.

Todo plan se vino abajo cuando un mediodía se llevaron a mi papá. Me acuerdo que justo era miércoles, uno de los días en los que iba a almorzar a la casa de mamá. Estábamos disfrutando de una sabrosa polenta con chorizo, cuando alguien tocó el timbre reiteradas veces, provocando una atmósfera de desconcierto. Mi hermano salía del baño, así que para que no nos molestáramos y siguiéramos comiendo, dijo que el se fijaba quién era.

–¡Es el negro Ramírez!–exclamó apartándose de la mirilla para abrir la puerta.

Mamá y yo cruzamos miradas con un gesto de preocupación. Supe que ambas teníamos un nudo en la garganta. Arturo Ramírez era no sólo compañero de trabajo de papá, sino también su mejor amigo, de hecho era mi padrino.

–¡Tu viejo, Sebastián, se lo llevaron a tu viejo!–le gritaba a mi hermano con los ojos saltados de sus órbitas.– ¡Vinieron los milicos y se lo llevaron cuando salíamos para el almuerzo!

–¡Ay por Dios y la Virgen!–exclamó mi mamá besando el crucifijo que siempre llevaba colgando de su cuello.

No hallaré forma de describir el dolor que sentí en mi pecho. Pude sentir que papá no volvería. Tuve la corazonada de que aquella escena –que parecía tan común y con escaso valor–, en que él venía a tomar unos mates a mi departamento los domingos por la tarde, no volvería a repetirse más que en mi memoria. Y fue allí cuando me di cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que le dije “te quiero”. Sí, había sido en su cumpleaños, hacía medio año. Hubiera deseado decirle cuánto lo adoraba y lo buen padre que era, pero la vida lo había ubicado en un lugar inalcanzable para nosotros, y que muy probablemente no le permitiría regresar a nuestro encuentro. Ojalá

Dios se haya apiadado de él y se lo haya llevado lo más pronto posible, porque era bien sabido que cuando los milicos te detenían, el interrogatorio venía en combo inseparable con la tortura injustificada.

Me acuerdo que los tres me miraron a mí al mismo tiempo y después se observaron entre ellos. Era cuestión de tiempo de que se enteraran —si es que ya no lo sabían— que el dirigente que se llevaron era padre de la cantante “subversiva” que tanto aclamaba la libertad. Para mi desgracia, mi disco tenía al menos 3 canciones que podían ser consideradas comunistas y contrarias a la ideología de los dictadores.

Sebastián, mi hermano, empezó a gritar improperios como “estos hijos de puta lo van a matar a papá”, mientras que Arturo intentaba calmarlo y mi mamá hacía lo posible por ordenar sus pensamientos.

-Corinita, mi amor, tenes que irte ya mismo, van a venir por vos.-me decía mi mamá llorando y abrazándome.

-Sí, dale, dale, empacá tus cosas y andate a lo de tu abuela Patricia.-me decía mi padrino casi sin aliento, porque al parecer vino hasta casa corriendo.

-Pero, ¿ustedes no vienen conmigo?—pregunté confundida.- ¿Voy a tener que irme sola a España?

-Cori, te tenes que rajar, estos tipos van a caer acá hoy mismo. Nosotros podemos irnos más tarde cuando consigamos dinero para nuestros pasajes, pero vos no podes esperar ni un minuto más. Usá la guita que ganaste con tu disco y tomátela a lo de la abuela.

-¡Pero Sebas, pueden pasar meses hasta que junten la plata suficiente como para viajar los tres hasta España, y además en ese tiempo se los pueden llevar a ustedes también! ¡¿Dónde se van a meter hoy para que no los agarren si aparecen acá?!

-Yo tengo un amigo que nos puede esconder en una casucha que tiene para las vacaciones en la parte humilde de Bariloche.-dijo mi padrino para tranquilizarme.-Además vos estás en más peligro que nosotros. Si te quedas acá sos voleta, y sabes muy bien que no es joda. Tu papá por ahí no canta que vos sos su hija, le hagan lo que le hagan, pero es muy fácil de averiguar.-puso su mano sobre mi cabeza, como cuando yo era chica.-Voy a contactarme con mi amigo para irnos a su casa hoy mismo. Vamos a estar bien, pero vos aprovechá y escapate.

-¡No, yo no los puedo dejar, no puedo irme sola!-grité llorando, sintiendo que el almuerzo se me revolvía en el estómago.

-¡A ver si lo entendes, Cori, acá no se trata de si quieres irte o no, se trata de que no vamos a poder irnos todos juntos en octubre como habíamos planeado con tu papá, porque no se puede esperar más! ¡No hay tiempo hijita, no se puede posponer tu marcha porque te van a llevar!

Yo los había escuchado murmurando una vez, acerca de irse toda la familia a lo de la abuela Patricia en España, por si los militares intentaban llevarse a mi papá. La idea era esperar hasta octubre porque no llegaban con la plata, y debido a que ninguno en la casa ganaba mucho, era imposible ahorrar lo suficiente como para comprar cinco pasajes a Europa. Todo eso si íbamos sólo mis papas, mi padrino y mi hermano, porque si hablamos de llevar también a mis tías, eso ya es otro presupuesto. Lo más grave es que íbamos a tener que irnos en tandas para no levantar sospechas, y en el tiempo que se dejaba pasar entre una y otra, podía ocurrir una desgracia con los desdichados que permanecían en Argentina. En fin, la estrategia iba a tener que

modificarse, porque por el momento la única que tenía dinero para marcharse era yo, y además mi caso era el más urgente.

Sebastián se puso el abrigo para acompañarme en taxi hasta mi departamento, que quedaba en pleno centro porteño. Yo me despedí de mi mamá llorando como una bebé a quien destetan y apartan del regazo de su ser protector, y abracé a mi padrino de manera tan amarga, que casi me baja la presión. No podía evitar pensar en lo que le debían estar haciendo a mi papá, porque siendo realistas, los rumores que corrían de los detenidos-desaparecidos no eran nada gratos. Habíamos sabido de un caso en el que al sujeto secuestrado lo habían torturado con picana eléctrica en las encías y los genitales para que confesara el nombre de un amigo militante, considerado subversivo.

Salimos de la casa tan asustados, que nos parecía continuamente que alguien nos acechaba. Cuando abordamos el taxi, Sebastián me miró pálido. Estaba haciendo un esfuerzo hercúleo por no perder la cabeza de la desesperación. Es probable que mi padre le hubiera hablado con anticipación de que esto podía llegar a pasar, pero sólo hasta ese instante en que ambos nos estábamos jugando el pellejo permaneciendo en suelo argentino, debió percatarse de que la mano venía mala, muy mala.

Llegamos a mi apartamento y subimos corriendo hasta el segundo piso. Agarramos un par de bolsos y entre los dos metimos ropa, algunas fotos, cuadernos –porque contenían direcciones y teléfonos de amigos y conocidos–, algún que otro disco, dinero, documentación, un par de libros y cosas que solía usar, y el elefante de peluche que me había regalado mi novio. En ese momento reparé en que le tenía que avisar a Rubén que me iba de Argentina, pero me di cuenta de que no podía perder tiempo. Corrí hasta la cocina, tomé el teléfono y marqué su número.

-¡¿Qué haces?!-gritó mi hermano cuando me vio con el auricular temblando entre mis manos.

-¡Llamo a Rubén, no pretenderás que lo deje sin saber nada de mí!

-¡Pero ¿vos te das cuenta de que estos hijos de puta se pueden aparecer acá en cualquier momento?! ¡Una vez que te subas al avión yo lo llamo!

Mientras tanto se oía el tono de espera al otro lado del teléfono. Entonces recordé que Rubén nunca me iba a poder atender a esa hora, porque estaba trabajando. Colgué llorando, comprendiendo que no sólo no me iba a poder despedir en persona, sino que tampoco iba a poder escuchar su voz diciéndome “te amo”.

Sebastián y yo nos tomamos otro taxi, esta vez rumbo al aeropuerto y con los bolsos sobre el regazo. Rogaba hacia mis adentros que hubiese un vuelo a España lo más pronto posible, no importaba si era con destino a Galicia o Marbellas, me las ingeniaría para llegar a Madrid. Mi hermano me tomó la mano con fuerza y reprimió las lágrimas que se retorcieron para no rebalsar las cuencas de sus ojos marrones.

-Voy a extrañarte, hermanita.

-Yo voy a extrañarlos mucho a todos. Por favor, cuidá a mamá.-le imploré llorando.

Cuando estábamos por llegar a Ezeiza, el conductor nos miró por el espejo retrovisor y me reconoció.

-¡Eh! ¡Ya decía yo que a vos te veía cara conocida! ¡Sos Corina Velásquez!-yo asentí con una sonrisa rota, enjugándome las lágrimas teñidas de negro por el rimel.-Vos te vas, ¿no? Quedate tranquila que yo no voy a decir nada, en mi casa se te escucha mucho y se aprecia a la gente como vos. Es una pena que te tengas que ir, pero... con estos tiempos de ahora, el que no se exilia se acerca demasiado a la guadaña.

-Le voy a pedir que por favor no le comente a nadie que me vio, señor.-le dije inclinándome en el asiento, para acercarme al chofer.-Comprenderá que eso pondría en serio riesgo a mi familia.

-Vos no te preocupes, que soy una tumba. Eso sí, me vas a tener que dar un autógrafo.

-Me temo que si se lo encuentran los militares, se le complicaría la cosa. Una firma de una cantante "exaltadora de la rebelión" no es precisamente algo que se pase por alto.

-Tenes razón, me quedo con las ganas, pero por lo menos cuento con la experiencia única de que viajaste en mi auto. ¡Por Dios, mirá si un día llevo a Charly García! El tapizado del coche no lo cambio más.-y rompió en una exagerada carcajada. Era alentador ver que alguien estaba de humor en ese momento tan crucial en mi vida.

Llegamos al aeropuerto y bajamos presurosos, aunque con disimulo. La despedida con Sebastián fue muy emotiva, los dos intentamos hacernos los fuertes, pero digamos que la actuación no era lo nuestro. Me dijo que cuando llegara a la casa de la abuela, no demorara en llamar para avisar que estaba bien. En el caso de que no atendiera nadie, no debía asustarme porque se iban a lo del amigo de mi padrino. De ser así, ellos iban a contactar conmigo.

La suerte estuvo de mi lado, por lo que había asientos disponibles para Madrid en un vuelo que salía en un par de horas. Comprobado el hecho de que podía irme ese mismo día, mi hermano abandonó el aeropuerto rumbo a casa. Esa fue la última vez que lo vi.

El recibimiento de mi abuela Patricia y el abuelo Bartolomé -los padres de mi madre-, estuvo colmado de sorpresa pero a la vez felicidad. Por supuesto que les pareció extraña mi llamada desde el aeropuerto de Madrid, pidiéndole que viniera a recogerme, pero no le expliqué lo que estaba pasando sino hasta que nos vimos cara a cara. Ellos me abrazaron y consolaron, y no emprendimos camino hacia su casa hasta que me hube serenado.

Apenas arribamos a su hogar, llamé a mi domicilio en Argentina, pero nadie respondió. Tampoco me atendieron las otras diez veces que tomé el teléfono. Me dije a mí misma que ya se debían haber marchado a Bariloche con Arturo. No me quedaba otra opción que esperar a que ellos establecieran contacto conmigo. O al menos eso pensé durante los primeros días de mi estadía en Madrid. Estuve esperando esa llamada por seis largos años, pero nunca ocurrió.

Tuve tanto miedo de que Rubén tampoco me atendiera, que preferí no llamarlo e imaginar que debía estar odiándome por no comunicarme con él. Yo quería que encontrara a otra mujer y fuera feliz, que no pensara en la fugitiva que alguna vez le había robado el corazón, y que ahora se había esfumado del mapa. Pero es que tenía demasiado miedo a que jamás me respondiera porque le hubiera pasado lo mismo que a mi familia. Sí, era algo obvio, no

necesitaba verlo con mis propios ojos para saber que mamá, Sebastián y Arturo debían estar muertos. Otra explicación no existía, porque aunque hubieran perdido el número de la vivienda de mis abuelos, mamá lo sabía de memoria. No podía dormir de sólo pensar en cómo los podrían haber liquidado esos desgraciados monstruos. También atacaba mi memoria el recuerdo de mi último encuentro con papá: unas noches antes de su desaparición había venido a mi apartamento a charlar con Rubén y conmigo, que justamente estaba de visita. Comimos los bizcochitos de grasa que tanto le gustaban y nos contaba entre mate y mate los conflictos que había en el trabajo. Los extrañaba horrores a todos, y mi silencioso llanto era prueba de ello cada noche.

Viví con la abuela y el abuelo hasta que finalmente terminó la dictadura en 1983 y me dispuse a regresar a Argentina en 1984. Durante esos años estuve trabajando de recepcionista, y continué componiendo canciones en silencio, sin cantarlas, sin siquiera tararearlas. Yo sé que mis abuelos hacían un enorme esfuerzo para no llorar la obvia muerte de su hija única, la de su nieto y la de su yerno, y de hecho también debían hacer lo posible por consolarme, pero con el pasar de los años, todos estos hechos fueron haciendo estragos en sus almas. Una vez llegada la noticia de la asunción al poder de Raúl Alfonsín, un atisbo de alegría apareció en sus longevas miradas. Creo, aunque no con certeza, que ellos querían que yo volviera a mi patria para que pudieran morir en paz.

Regresé a Argentina en febrero de 1984, con una emoción tan grande, que pude volcar mi amalgama de emociones en varias canciones durante el vuelo. A pesar de que tenía miedo de cantar y durante seis años no me había atrevido a hacerlo, tenía tal apetito de libertad en mi propia patria que no paraba de componer alabanzas hacia ese derecho.

Lo primero que hice cuando llegué a Buenos Aires, fue tomarme un taxi rumbo a mi domicilio. Tanto mi vieja vivienda como la contigua, habían sido derribadas para construir un edificio. Fue así que no me quedó otra alternativa que encomendarme a la solidaridad de mis antiguos amigos. Mi mejor amiga, Lara, me recibió en su casa saltando de la alegría, sollozando, aunque en un principio le parecía un sueño que yo hubiese vuelto. Pero era realidad, una realidad extraña, porque aunque cargada de emoción por el reencuentro, pesaba sobre ella el velo de la causa de mi exilio.

-¡Pero nena, que cambiada que estás! ¡Apenas te reconozco!-dijo mientras me invitaba a pasar.- ¡Parece mentira verte con el pelo tan corto!

-Pensar que siempre competimos para ver quién tenía el pelo más largo.-le dije nostálgica entrando las maletas.-Quiero creer que me extrañaste, ¿no?

-¡Obvio Cori! ¿O acaso te crees que estos años no me llegué incluso a temer lo peor?-se generó un denso silencio.-Mirá, no te voy a mentir, cuando pasó lo de tu familia yo ya me estaba haciendo la idea de que te habían llevado a vos también. Pero parece que te lograste escapar a tiempo, amiga.-me tomó la mano entre las suyas.-No hace falta que te disculpes por no haberte comunicado, me puedo imaginar que tenías miedo que si lo hacías nos pasara algo a nosotros, ¿no?

-Sí, te juro que ni siquiera me animé a llamar a Rubén, y lo peor es que no sé si Sebas llegó a avisarle que me había ido a Madrid.

-No, no le pudo avisar nada, pobre, porque tu novio me vino a preguntar a mí por vos. Le dije que no tenía idea de si te habían llevado o si estabas en el exterior.

-¡Ay pobrecito! ¡Lo debe haber vuelto loco la incertidumbre!-exclamé tomándome la cabeza.

-Vas a ir a verlo, supongo.

-Sí, no sé si sigue viviendo donde siempre.

-No, se mudó a la Recoleta. Pero yo sé dónde lo puedes encontrar: puso su propia librería.

-Le fue muy bien, me alegro.-dije con sinceridad.

-Se va a poner feliz cuando te vea.-yo empecé a lagrimear, recordando todas las noches que dormí abrazando el elefante de peluche que me había obsequiado.-¡No tenes idea de lo sola que me sentí allá!

Así comencé a contarle entre llanto y pañuelos sobre mi soledad en España. Le conté que incluso durante mi trabajo en la oficina, tenía la sensación de que me hallaba sola. Para colmo, mientras andaba por la calle me cruzaba con cientos de parejas y familias aparentemente felices, lo que me traía constantemente a la memoria el hecho de que yo había tenido que dejar todo atrás. Lo más terrible fue tener que aceptar que habían muerto mis padres, Arturo y Sebastián, eso me hundió en una depresión que hasta que me consumió el peso. Soñaba que los torturaban para que dijeran dónde estaba yo, pero ellos se negaban a hablar.

No pude pasar por alto el detalle de mi terror a ser perseguida. Le dije a Lara que jamás volvería a caminar tranquila por la calle, nada ni nadie me devolvería mi sensación de seguridad, porque para mí ese ya era un sentimiento extraviado. Tal es así, que hoy en día, año 2013, no puedo siquiera detenerme en un semáforo sin tener el presentimiento angustioso de que un falcón verde se reflejará en mi espejo retrovisor.

¿Para qué voy a negarlo? Lloré en el regazo de mi amiga como no lo había hecho en años, probablemente por el deseo de no angustiar más a mis abuelos. Descargué todo mi pesar y me pregunté cómo se habría sentido Lara todos esos años, ya que además de creer que su mejor amiga había muerto debió tolerar que Sebastián, el chico que desde niña siempre le robó el sueño, desapareciera repentinamente de su vida. Y pensar que mi hermano nunca se fijó en ella; que tonto.

Paré en la casa de Lara por aproximadamente un mes, hasta que encontré un lugar que alquilar y a su vez un empleo como bibliotecaria. Ya en 1984 la gente no me reconocía por la calle, probablemente ni siquiera pensarán que la prometida cantante Corina Velásquez se dedicaba ahora a ordenar libros y armar fichas en amarillentos rectángulos de papel para su devolución. Admito que pensé en volver a cantar, y letras no me faltaban, pero una chispa en mí se había apagado ese agosto de 1977, y parecía que ya nada la reavivaría.

En octubre, después de mucha deliberación y de la incesante persistencia de Lara, me decidí por irme a la librería de Rubén, más con el pretexto de verlo desde lejos que de animarme a hablarle. La fachada del negocio era envidiable, y qué decir del barrio. Entré casi por inercia, como fascinada por todo lo circundante. Ni bien empecé a recorrer el local, me

detuve en seco ante uno de los anaqueles. Un libro captó toda mi atención de golpe: "Nunca más", informe de la Conadep. Un escalofrío me recorrió la columna. Lo tomé, leí tanto la contratapa como el prólogo. Una vez que lo hojeé, me di cuenta de que a pesar de haber pasado seis años, no tenía la valentía de leer testimonios de gente que había sido torturada, porque podía imaginar con demasiado detalle lo que le habían hecho a mi familia.

-¿Le interesa ese libro?-dijo una voz desde detrás de mí. En seguida la reconocí como la de Rubén.

-Emm... sí, pero no estoy segura de llevarlo.-dije sin voltearme. Lo sé, me estaba comportando como una adolescente, hasta me sonrojé.

-Bueno, aún no hace ni un año que somos libres, es comprensible que de tanta censura y quema de libros uno no se anime a comprar algo así.

Volví a colocar el libro en su sitio, pero estaba tan nerviosa que cuando lo ubiqué arrojé al piso uno que estaba a su lado. Inconcientemente me di la vuelta para agarrarlo, pero Rubén ya se había agachado y acabada de levantar la vista del suelo. Supe de inmediato que se percató de que era yo, y para mí no iba a ser nada difícil identificarlo, si después de seis años lucía prácticamente igual, aunque con un fino bigote.

-Sos vos.-dijo anonadado e incorporándose sin despegar sus ojos de los míos.- ¡Corina!-su exclamación llamó la atención de los demás clientes.

-Hola Rubén.-pronuncié en un hilo de voz.

Él dejó el libro que se había caído en su lugar, luego me tomó de la mano y sin mediar palabra me llevó a una oficina que tenía tras el mostrador. Cerró la puerta, puso los brazos en jarra y me miró con emoción pero encono a la vez.

-¿Vos te das cuenta de que creí que estabas muerta? ¡¿Por qué carajo no me hablaste todos estos años, Corina?!

-¡Perdón! Pero es que ese día antes de irme vos estabas trabajando en la universidad y no me pudiste contestar el teléfono. Yo no podía arriesgarme a ir a buscarte antes de irme, entendeme. Un minuto más acá y me iban a matar.

-No te estoy recriminando eso, me refiero a que en seis putos años no me llamaste. Encima tu amiga Lara me dijo que a tu familia se la llevaron los milicos y no sabía si vos estabas con ellos en ese momento.

-Tuve miedo.-agaché la cabeza por la tristeza y la vergüenza.

-¿De qué tuviste miedo? ¿Pensaste que si me decías dónde estabas iba a contarles a esos enfermos en el caso de que me capturaran? No, aunque me hubieran metido la picana en el ojo me hubiera callado con tal de que vos estuvieras a salvo.

-Tuve miedo de llamar y que no atendieras, como pasó con mi familia. No quería enterarme de que te habían llevado a un campo de concentración a vos también.

-En realidad me detuvieron en la puerta de la universidad y me interrogaron en una comisaría. Un par de piñas y patadas, pero nada más porque mi viejo tenía contactos y me salvó. Si él no hubiera sido comisario, probablemente me hubieran torturado para que dijera dónde te habías metido. Hubiera sido inútil de todas maneras.

-¡Dios! ¡Perdón por hacerte pasar por eso!

-No te preocupes, no fue nada grave. Y entiendo tu miedo, pero vos también entendeme a mí.

-Sí, me imaginé que ibas a odiarme por haberme borrado del mapa. Pero tuve que elegir entre desaparecer para vivir o quedarme y morir.

-Hiciste bien, porque después de todo volviste.-sonrió, se acercó y me dio un cariñoso y cálido abrazo.-Te extrañé tanto, linda.

-Yo también mi amor, por eso dormía con tu elefantito.-dije aninando mi voz.

-¿En serio? En medio del terror de que vinieran por vos, empacaste el peluche que te di para nuestro aniversario, eso es muy especial.-se sonrió y dejó ver esa sonrisa de blancas perlas que tanto me enamoraba.

-Todavía podrías hacer una propaganda de dentífrico.

-Y vos todavía podrías hacer una de rimel.

Los dos reímos y nos besamos, después de mucho tiempo, después de años de abstinencia de amor.

Ya había anochecido, así que Rubén me invitó a cenar a su casa. Allí me contó entre besos y abrazos cómo le había ido con su amor a la literatura, me confesó que tuvo un par de novias que le duraron menos de un mes, y me habló un poco de todo el desastre que dejó la dictadura en el país. Yo le hablé de cómo era Madrid, de la buena acogida de mis abuelos, de que los había llamado hacía un mes y me había enterado que ahora otras personas vivían ahí, porque ambos habían fallecido con apenas una semana de diferencia. Tal y como había supuesto, cuando yo me marché y se sintieron sin la necesidad de cuidar a nadie, dejaron que la parca se los llevara.

Traté de no tocar el tema de mi terror y mi melancolía, no mencioné tampoco que tenía pesadillas con respecto a mi familia, pero Rubén supo que algo me ocurría.

-Sé que sufriste mucho, pero te leo la mente y sé que volcaste ese dolor en papel, ¿me equivoco?-dijo con una sonrisa ladeada.

-No, tenes toda la razón. Nunca dejé de escribir, pero sí de cantar. Me asusta.

-“Con la democracia se come, con la democracia se educa y con la democracia se cura.” No temas, ahora nuestros derechos vuelven a estar vigentes.

-Supongo que eso significa que con la democracia también se hace arte y no se censura.

-Por supuesto que no, eso ya se acabó. Ya no hay libros ni canciones ni artistas prohibidos. Es ahora cuando tiene que renacer más viva que nunca la voz del pueblo.

-Sí, ya sé, pero...

-Pero nada, no te podes callar. Eso que vos sentis y que quieres cantar tiene que salir, no puede quedarse dentro tuyo o te va a corroer los huesos y por sobre todo, el alma.

-Eso me recuerda a “Si se calla el cantor”.-dije nostálgica.

Rubén fue a sacar el pastel de papa del horno y prometió luego poner esa canción para placer de nuestros oídos.

Mi voz sonaba trémula cuando me animé a volver a cantar. Esta acción me removía centenares de memorias y sentimientos. En mi mente llegaban a agolparse recuerdos desde cuando jugaba a cantar con la característica voz de León Gêrco, hasta aquella vez que se interrumpió la música de la radio para

anunciar el Comunicado número 1 de la Junta Militar. Una corriente de contradicciones, de querer atreverme y de temer me hacía temblar las cuerdas vocales, desacostumbradas a cualquier entonación por seis años. Me decía a mí misma “¿Qué te pasa? Ahora no hay censura, ahora los tipos que mataron a mamá, papá, al padrino, a Sebas y a tantas miles de personas van a ser juzgados y condenados. Nada va a quedar impune y no van a volver por vos.” Pero la cicatriz que habían dejado esos eventos en mi corazón era irreparable.

Me tomó muchos días poder volver a cantar con normalidad. En un primer momento lo hacía en tono bajo por miedo a que los vecinos me escucharan. Después me percaté de que me estaba autocensurando. Nada iba a ocurrir aunque la gente me reconociera y mis vecinos me escucharan cantar al más fiel estilo Mercedes Sosa. Pero era el terror, siempre aquella sensación espantosa la que me oprimía el pecho. Supe vencerlo y estoy orgullosa de ello. Pude cantar en la ducha, pude tararear en la parada del colectivo, pude practicar a viva voz en mi casa y corroboré feliz que todo se había terminado. Que hermosa que es la democracia.

No fue sino con la ayuda de Rubén que me atreví a grabar un CD años más tarde. Era el regreso de la aparentemente desaparecida Corina Velásquez. No sólo fue todo un éxito, sino que me sentí desahogada, algo que no tiene precio. Se podría decir que con el silencio un mal había echado raíces en mí, y no logré erradicarlo hasta grabar esa docena de canciones, todas ellas cargadas de emociones que debían ser expresadas. A la gente le interesó escuchar mis pesares, mi sed de liberación, mis ansias de regresar, mi nostalgia, mis reencuentros con aquellos que dejé atrás y mis temores por superar. Eso me alegró el corazón. El país parecía otro, o más bien el que yo añoraba. ¡Cómo me hubiera gustado que mi familia estuviera ahí para verlo!

En 1988, Rubén y yo tuvimos gemelas; a una le pusimos Blanca y a la otra Paloma, color y ave símbolos del mayor de los derechos: la libertad.